

En "Desde Freud", Alvaro Rey de Castro y César Rodríguez Rabanal parecen sublevarse contra la imagen de una disciplina adaptada al mundo "biempensante". En efecto, en este país, como en Inglaterra o Argentina, el psicoanálisis aparece como un costoso sustituto del confesionario, o a la inversa, como una exitosa manera de hacer fortuna a costa del sufrimiento individual. Es la imagen, no necesariamente la realidad. Evidentemente siempre hay excepciones. También es cierto que no fue así en el pasado.

En el Perú, la historia del psicoanálisis marchó casi paralela con esa especie de hermano mayor que es el marxismo. Pocos años antes que Mariátegui se proclamara bolchevique, Honorio Delgado introduce los temas freudianos a través de las páginas de un periódico tan respetable y tradicional como era *El Comercio* de 1915. Fue apenas el anuncio de un libro que saldría publicado cuatro años después: el primer texto en español sobre el tema que establecería una inusual vinculación epistolar entre Viena y esa olvidada ciudad del Pacífico que era Lima. De esta manera se dilató considerablemente la geografía del psicoanálisis.

La preocupación, significativamente, no se agotó en la persona de Delgado. Similar inquietud fue compartida por Mariano Iberico. Armando Bazán recuerda —también en la década de 1920— al médico Juan Pablo Menéndez como "uno de los mejores discípulos peruanos de Freud": al parecer una especie de "compañero de ruta" del comunismo que estuvo en Europa junto a César Vallejo. Por entonces, otros intentarían igualmente aproximar psicoanálisis y marxismo: en Lima, Miguel Ben Tzvi Adler y Noemí Mulstein —una pareja de judíos frecuentemente retratados al lado de Mariátegui— traducirían textos de Freud para *Amauta*, y en una revista de visible contenido, intitulada *Repertorio Hebreo*, tendrían como colaborador al propio Freud, quien les envió un saludo, algo más que protocolar, para el segundo número. De entonces data también el artículo de Mariátegui "Freudismo y marxismo".

Mariátegui admite la diferencia entre ambas perspectivas, que nace no tanto de la teoría como de la praxis de algunos discípulos de Freud: "...proclives a considerar la actitud revolucionaria como una simple neurosis. El instinto de clase determina este juicio de fondo reaccionario...". ¿Pero existe un instinto de clase? Para responder a esta pregunta quizá sería necesario ampararse tanto en Marx como en Freud. Sin embargo a Mariátegui no le preocupó estas cuestiones tan específicas, sino la comparación entre dos razonamientos a su entender equiparables. El marxismo con la economía y el psicoanálisis con el inconsciente; en ambos casos, aunque el pro-

pósito original fue distanciarse de cualquier determinismo, no han faltado interpretaciones ligeras o falsas, atribuyéndoles supuestas reducciones de la totalidad social o individual a un aspecto de la realidad. Imperativo, entonces, de distinguir a los maestros de los discípulos. Ir a las verdaderas fuentes. En la biblioteca de Mariátegui, los dos autores de los que poseía más obras eran Lenin y Freud: cada uno con nueve títulos. Combinación poco habitual. Menos habitual todavía resultaron las repetidas referencias al psicoanálisis en su *Defensa del marxismo*.

¿Cuál es la raíz de esta preocupación? No estuvo entre esas ideas que desposó en Italia. Era más antigua, como hemos señalado, y partía de la propia sociedad peruana. ¿Por qué? Roberto Paris responde con una pregunta audaz: "La sociedad peruana, con sus masas silenciosas de indios camino a despertarse, ¿no funcionaba, acaso, respecto al modelo freudiano, como una inmensa metáfora?". Max Hernández acaba de recordarnos precisamente que el uso de las metáforas no es extraño al razonamiento psicoanalítico: "Metaforizar su experiencia". La gravitación de lo indígena en la escena peruana de 1928, sería tan ignorada y a la vez tan decisiva, como había sido el vasto dominio del inconsciente antes de Freud. Resulta verosímil la comparación para delinear esa historia andina reprimida, pero que, sin embargo, emergía a borbotones, confundiendo la realidad con los sueños, a través de personajes como el "mítico" Rumi Maqui, líder de una supuesta vuelta al imperio incaico.

En la atracción por el psicoanálisis deberíamos considerar también la importancia que Mariátegui asigna a la espontaneidad. En otras palabras, a la imaginación y la creación, como elementos imprescindibles para fundar el socialismo en un país sin tradición marxista y atrasado. Mariátegui se interesa por la escritura espontánea a la manera que quieren ejecutarla los militantes del movimiento surrealista. Escribe sobre Breton. Descubre en el territorio de las ficciones un espacio abierto a los planteamientos de Freud.

Uchuraccay El psicoanálisis como metáfora

Alberto Flores Galindo

En abril de este año se publicó un número especial de *Hueso Húmero* titulado "Desde Freud"; meses después apareció la edición semiclandestina (casi imposible de encontrar en librerías) del informe sobre los sucesos de Uchuraccay, con el anexo psicoanalítico redactado por Max Hernández. 1983 será un año importante para la historia del psicoanálisis en el Perú. Varias circunstancias y razones confluyen, aunque no sean necesariamente concordantes (1).



Su narración sobre el profesor Canela sería un ejemplo. En agosto de 1926, en un artículo publicado en *Variaciones*, contrastó la resistencia al psicoanálisis entre científicos y filósofos con el reconocimiento alcanzado entre poetas y literatos: "Cabe la hipótesis de que, por su inspiración subconsciente, el arte y la poesía tenían que comprender, mejor que la ciencia, su doctrina". Opciones divergentes entre la razón y la imaginación. La demostración que por caminos directos y rápidos el artista podía llegar a conclusiones más válidas que el científico encerrado en su laboratorio.

Pero, ante las masas indígenas, psicoanálisis y marxismo debían afrontar el mismo desafío: la contraposición entre dos productos occidentales y el medio andino. Después de los años 20, el marxismo evadió el problema, refugiándose en una construcción dogmática, mientras que el psicoanálisis —salvo algunas aproximaciones a la mitología andina— optó por ignorarlo. La inclusión de un psicoanalista en la comisión de Uchuraccay puso bruscamente fin a este olvido. Sin embargo los resultados de la prueba no han sido nada alentadores. Frente al mundo andino, el psicoanálisis sigue siendo apenas una atractiva metáfora.

En efecto, en su informe, Max Hernández cree posible aplicar, aunque con cautela, "algunas de las maneras en las

que, en el encuadre estable del consultorio, se procesan producciones individuales o grupales en las que interesan al proceso terapéutico aproximarse a la verdad histórica de algunos hechos" (p.117), pero en la ignorancia del quechua, con apenas unas horas de permanencia de la comisión en la comunidad y dadas las condiciones inusuales de la entrevista (respaldados por los fusiles del ejército), esto resulta tan absurdo como "diagnosticar" a un paciente que apenas se ha recostado en el diván y ni siquiera ha comenzado a hablar. Repárese en la importancia de la palabra para cualquier práctica psicoanalítica.

El terapeuta, en el informe sobre Uchuraccay, termina hablando en exceso. Deja de escuchar, porque no puede escuchar. El campo difiere sustancialmente del consultorio; una comunidad de altura no es una sala de San Isidro. No propongo una ironía fácil; apenas quiero subrayar las diferencias evidentes entre esos dos encuadres. Pero lo más grave es que ante la incapacidad de escuchar —y por lo tanto de comprender—, el discurso acaba dominado por el poder. La condición de psicoanalista sólo sirve para avalar arbitrariedades, como atribuirle desde el inicio carácter comprensible a la violencia "cada vez menos comprensible" (p. 115) de los militantes de Sendero. ¿Por qué esta diferencia entre una y otra violencia?

El salto del consultorio a la comunidad no es fácil (2). En *Hueso Húmero* este tipo de procedimiento resulta acertadamente criticado por Carlos Molina al ocuparse de la etnopsiquiatría. El riesgo permanente que plantea la utilización del psicoanálisis para entender procesos sociales —como la actuación de una comunidad en un contexto de violencia—, es la trasposición de métodos. Pasar, sin ningún reparo, de lo individual a lo social, y a la inversa. "Los intentos por utilizar el psicoanálisis —dice Molina— para servir a fines completamente ajenos a su propósito y por desnaturalizarlo, son casi tan viejos como el psicoanálisis mismo. Parece, *per se*, tan poco espectacular y tan

amenazante, que es necesario disfrazarlo para atrerle los favores del gran público. Se ha podido también, en la misma ciudad de Lima, llenar salas de cine con el anuncio seductor de que se iba a "psicoanalizar películas".

Nadie podría negar la calidad intelectual de Max Hernández. Frente a cualquier duda están allí esas límpidas páginas sobre Garcilaso, que nos han permitido comprender tantos aspectos del mestizaje y la condición del peruano. Lo que se cuestiona es el discurso específico del psicoanálisis en Uchuraccay, al margen de quien sea su autor. Discurso donde el método deja de ser hermenéutico, carente de cualquier sustento empírico, para convertirse en un discurso tan arbitrario como el que, desde otra trincherá, haría un marxista dogmático. Todo esto ilustra que el problema del psicoanálisis, a esta altura, no es sólo devenir en una "técnica de adaptación social", olvidando su proyecto inicial de aspirar a ser una "teoría y praxis crítica del sujeto"; como recuerda Rodríguez Rabanal, sino algo todavía más peligroso: convertirse en un discurso del poder.

El informe, como una especie de espaldarazo, señala la admisión oficial, por el Estado y por un régimen conservador, de una de las aventuras intelectuales más contestatarias de nuestra época. Pero esta imagen parece obedecer cada vez más al pasado y no al presente. Olvidándonos de Reich o del propio Freud, limitándonos sólo al Perú, hemos querido recordar un itinerario que empezó como la empresa audaz de algunos jóvenes precoces, desgajados del orden oligárquico, aunque de manera peculiar en cada biografía.

Si volvemos a consultar los artículos compilados en "Desde Freud", esta conclusión no sería aceptada quizá por Rey de Castro (que marcha al encuentro de la tradición psicoanalítica en este país), ni por Rodríguez Rabanal (empeñado en buscar un escenario diferente en la barriada Tahuantinsuyo). El número de *Hueso Húmero* que comentamos, nos ofrece la imagen de una disciplina conflictiva y tensa. Similitud evidente con las ciencias sociales, con el país y con este año de 1983.

(1) *Hueso Húmero*, Lima, octubre-marzo 1983, Nos. 15-16. "Informe sobre Uchuraccay", anexo 4, pp. 115-123, en *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*, Lima, Editorial Perú, 1983 (2) Aunque en sentido estricto, se podría argüir que no se trata de un "discurso psicoanalítico", el informe reposa explícitamente en el respaldo que proporciona a su autor esa práctica profesional; con sus propias palabras: "Pongo a disposición de ustedes el informe que he elaborado en mi condición de asesor, a partir de las disciplinas con las que enfrento mi práctica psicoanalítica y de terapeuta de grupo" (p. 113).